



W. James Popham (2013). *Evaluación trans-formativa. El poder transformador de la evaluación formativa*. Traducción: Sara Alcina Zayas. Madrid: Narcea, 110 páginas. ISBN: 978-84-277-1912-5.

La cuestión de la evaluación es fundamental en cualquier proceso de aprendizaje. Es necesario verificar si los estudiantes aprenden y orientar este proceso para conseguir buenos resultados.

Las variadas formas de evaluación se estudian, especialmente, cuando se produce una reforma de la enseñanza, pero también es necesario hacerlo en cualquier ocasión, porque muchas veces lo que se llama evaluación no es tal,

sino que se reduce en la práctica a la aplicación de una serie de pruebas o tests, que permiten comprobar los resultados de lo aprendido. Ahora bien, un proceso de evaluación es mucho más que esto y no puede reducirse simplemente a una serie de pruebas aplicadas y valoradas mecánicamente.

1

El profesor Popham, de la Universidad de California, propone en este libro un «potente proceso» (p. 107) para conseguir la educación de calidad. Se trata de la *evaluación formativa*, que puede transformar la enseñanza. El contenido del libro es una introducción, seis capítulos y un epílogo.

El capítulo 1 describe lo que es la evaluación formativa y cuándo hay que usarla. La define en varios lugares como «un planteamiento planificado, basado en la evidencia, para que tanto los profesores como los alumnos mejoren lo que están haciendo» (p. 102). Cuida mucho de explicar cada uno de los términos empleados: proceso planificado, evidencia obtenida, ajustes necesarios para mejorar. Es importante enfatizar que se trata de un proceso dinámico, basado en pruebas que permiten conocer lo que saben y pueden hacer los alumnos. Esto hace que el acto de clase no se convierta nunca en algo repetitivo y mecánico, ya que modifica constantemente el modo de enseñar y mejora el aprendizaje, ciertamente. Además, la evaluación formativa es exigida por la lógica educativa.

El capítulo 2 informa de los marcos de trabajo para la evaluación formativa, que el autor centra en las *progresiones del aprendizaje*. No funcionan igual con la totalidad de los alumnos, dado que cada uno aprende de una manera diferente. Tampoco hay un procedimiento único para construir-

las, pero sí proporciona una guía para saber qué evaluar y cuándo hacerlo. Consisten en toda una secuencia de acciones que constituyen una *dimensión integral* de la enseñanza. Para establecer una progresión del aprendizaje hay que seguir cuatro pasos por parte del profesor. El primero es comprender el objetivo curricular de que se trata y hacerlo “concienciadamente” (p. 37), escribe Popham. Después, conocer las competencias y requisitos del objetivo anterior. Luego, la situación de los alumnos respecto al bloque de contenido concreto. Finalmente, organizar los bloques de contenido en una secuencia educativa justificable. No sólo dice todo esto teóricamente, sino que ofrece un caso para que pueda visualizarse concretamente.

Por último, llega el momento de hacer los *ajustes*, a lo que dedica los capítulos 4 al 6. Hay ajustes didácticos *por parte del profesor*. A esto lo denomina Popham nivel uno. Las pruebas y evidencias recogidas permiten decidir si hay que ajustar o no una determinada unidad didáctica que se está trabajando. Para ello hay que acudir a los distintos procedimientos de evaluación, entre los que describe las preguntas de respuestas cerradas, las tarjetas de respuestas, las preguntas hechas al azar durante clase, las respuestas en pequeñas pizarras, el muestreo de preguntas, etcétera. Concluye afirmando que «cuanta más destreza invierta el profesor en aras de realizar esos ajustes, mejor» (p. 63).

Igualmente hay *ajustes en las técnicas de aprendizaje de los alumnos*, entre las cuales indica la necesidad de exponer el objetivo con un lenguaje que entiendan, o explicar los procedimientos de evaluación, entre otras. Después vienen los pasos para realizar los ajustes, entre los que considera la evaluación entre compañeros y los recursos de ordenador. Todo esto constituye el nivel dos.

Mejorar el clima del aula (p. 85) es el nivel tres. Hay que hacer un «cambio fundamental en la cultura del aula» (p. 87), escribe Popham. Cambio de su clima, de la confianza de los estudiantes, de su conducta adecuada, de su estado afectivo, etc. Sobre el clima afectivo ofrece un cuestionario para detectarlo en la página 95.

Por último, el capítulo 6 trata de implementar el centro educativo mediante el desarrollo profesional docente y el establecimiento de comunidades docentes de aprendizaje (CdA).

En definitiva, la evaluación formativa es un proceso potente para alcanzar «una educación de mayor calidad» (p. 107).

Al finalizar la lectura de este libro, confieso que siento una gran envidia de que estos procedimientos y otros similares se estén llevando a

cabo en centros de enseñanza de California y que consigan la colaboración entusiasta de los docentes. No puedo dejar de hacer una mínima comparación muy general para plantear si podría aplicarse esto, igualmente, en los centros de enseñanza de nuestro país. En las circunstancias actuales en que transcurre el conflictivo nivel de nuestra enseñanza española habría que ser demasiado atrevido para sugerirlo siquiera, aparte de que la futura legislación no sólo no lo contempla, sino que tampoco lo permitirá, probablemente. Produce mucha pena ver la situación de nuestro contexto en relación con la enseñanza.

Sin embargo, no se debe perder la esperanza. Quizás en otros momentos y con un panorama más abierto a estímulos y recursos nos lo podríamos plantear, porque la educación de calidad no tiene espera posible aquí tampoco.

*Julián Arroyo Pomeda*

Catedrático de filosofía de Instituto. Madrid, España